

WILLIAN FAULKNER (1897-2003) ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A ¡ABSALÓN, ABSALÓN!

Alfredo Sandoval Gomez*

RESUMEN

La desazón moral que aflige a los habitantes del Sur norteamericano en el siglo XX y el origen de ese trauma por el delito de la esclavitud son abordados en *Absalón, Absalón!* (1.936). A través de Thomas Sutpen, el trágico héroe de la obra, y su historia, se cuestiona la verdad existente tras el mito sudista, y así poder juzgar la responsabilidad moral del pionero quine crea en Mississippi una réplica funesta de la sociedad sureña que antecedió a la Guerra Civil, siendo él igualmente su destructor. Las cuatro generaciones de Sutpen propagan como una maldita peste el delito paterno, y sintiéndose culpables se convierten en espectros del presente. De la obra se deducen ciertas características del individualismo americano, por ejemplo la necesidad de ser reconocidos como personas.

Como el Rey David bíblico, y del cual Faulkner deriva el título de su obra, Thomas Sutpen emerge de su propio poder sobre sus semejantes, viola el código moral y produce el sufrimiento en sus hijos. Tanto en la casa de David como en la de Sutpen la retribución toma la forma de violentos crímenes, la rebelión, el incesto, el fratricidio, los paralelos de la historia no son extensos pero sí lo suficientemente significativos para indicarnos la condición humana siglo tras siglo.

Palabras claves: El Sur norteamericano, Guerra civil o Guerra de Secesión, esclavitud, yankees, Yoknapatawpha, Chickasaws, Jefferson, La Unión.

El derecho de nacer de Willian Faulkner se convirtió en las cenizas de una gloria pasada y un estoicismo moral. Las legendarias hazañas de sus ancestros, y en especial las de su abuelo, el viejo coronel, le habían dejado de joven una profunda huella que iría a preparar el sendero de una vocación literaria.

Al descubrir, por tradición oral, la genealogía de su familia, en el transcurso de su niñez

y adolescencia, en el mejor estilo anejo del Sur, llegó a comprender los hechos y traumas que habían remodelado aquella región. El destino le encomendó no solo la recreación de un mundo paralelo, a través de levantamientos, sino que iría a desarrollar un estilo que haría regresar la tradición de viva voz. Los viejos valores, los de las épocas doradas de sus ancestros, elucidados en su discurso con ocasión del otorgamiento del Premio Nóbel como: "amor y honor, piedad y orgullo, compasión y sacrificio", habían ya desaparecido. En efecto, habían sido sustituidos por un móvil poco caballe-

96



* Licenciado en Lenguas Modernas, D.E.A. Études Anglophones. Programa de Lenguas Modernas, Universidad del Magdalena.

roso de aceptación total que había exterminado las plantaciones sureñas.

Estos valores ancestrales estaban verdaderamente anclados en los cuasi-helenísticos Estados de las plantaciones algodonerías. El movimiento en contra de la esclavitud que condujo a la guerra civil era visto por el Sur no como un supuesto asunto moral sino como un medio de destruir la estructura social de esa civilización en un intento por dominar su economía. Los sudistas opinaban que muchos esclavos negros llevaban una mejor vida que los "rednecks" o blancos pobres. Se puede trazar un paralelo con la antigua Grecia, cuya ya caída democracia federal fue también precipitada por un estricto cumplimiento de puro linaje, tema principal de *Absalón, Absalón!* Esta aristocracia sudista de alta burguesía erudita iría a ser desestimada por los Yankees de la Esparta del Norte.

Faulkner se convierte en un autor 'regional' al crear la saga de Yoknapatawpha, basada en la gente del condado de Lafayette, en el marco de un Sur declinante. El autor solo llegó a ser conocido públicamente por sus vínculos con Sherwood Anderson, aunque sus inicios no fuesen comercialmente fructíferos. En ciertas instancias se ocupó en oficios insólitos, como el de administrador de correos en la Universidad de Mississippi, en donde decide dejar de lado las limitaciones mundanas del trabajo por el solaz de la pluma y/o del alcohol. Estas dos características irían a quedarse con él durante toda su existencia, aun en Hollywood, aunque no intentó restringir su labor de escritor a las primeras horas matinales para garantizar su rol de hombre de familia. No obstante, sus arranques étlicos eran menos controlables.

Sus primeros escritos sobre el tema sudista fueron publicados en Sartois, su tercera novela, y en lo sucesivo, todas sus energías

literarias las dedicaría a la creación de 'el libro', como él lo llamó "difuso, ampuloso e innecesariamente oscuro, y sus personajes excesivamente brutales" y aunque se le reconoce ahora como alguien más allá de un simple autor regional, sus obras no son fáciles de leer.

Esta dificultad radica no solo en el estilo que en ocasiones serpentea por los senderos de lo incoherente y lo agramatical, sino en la disposición de la cronología, lo intrincado de las relaciones interpersonales y el fluir de las actitudes. La obra más parece una pintura al óleo en donde las capas se sobreponen una sobre otra hasta crear una impresión general de colores, formas y matices lumínicos, a los que los observadores dan su propia interpretación. Es aquí donde Faulkner deja de ser un relator cotidiano del cambio sociológico del microcosmo del Mississippi y adquiere su dimensión cósmica.

VARIACIONES TEMÁTICAS

Lo esencial de *Absalón, Absalón!* Se cuenta en unas pocas líneas empezando en la página 13*: "Sutpen formaba parte de la herencia de la ciudad de Jefferson, caudal de ochenta años del mismo aire que había respirado aquel hombre en el periodo transcurrido entre esa tarde de septiembre de 1909 y aquella mañana dominical de junio, en 1833, en que, saliendo de un pasado incógnito, penetró a caballo en la ciudad y adquirió aquella propiedad -nadie supo cómo- y construyó su casa, su mansión, sacándola al parecer de la nada, y se casó con Elena Coldfield y engendró a sus dos hijos (el hijo que dejó viuda a su hermana sin haberse desposado) y prosiguió así su camino hasta llegar a un violento (y justo, como

* Faulkner, William: *¡Absalón, Absalón!*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1971.



hubiese dicho sin duda la señorita Coldfield) final.' Así, en doce líneas, se presenta al lector, toda la trama de la obra: el sino de Sutpen en la vida ha sido trazado e inexorablemente habrá de alcanzar su final. Cada detalle de este peregrinar será narrado una y otra vez desde la óptica y memoria de los personajes involucrados directa e indirectamente.

Cuando se busca las razones de la gran tragedia, el lector descubrirá otras de orden psicológico y motivadas, pero la fuerza dominante es el destino del hombre (Sutpen), tal como lo indica Quentin Compson, unas líneas posteriores a las arriba citadas:

'¿Qué me importa si la propiedad, o la tierra, o aquello que acabó por cansarse de él se volviera en su contra y lo aniquilase? ¿Qué me importa que también aniquilase a su familia? ¡Algún día se volverá y nos destruirá a todos, llamémoslos Coldfield, Sutpen o lo que fuere!'

El pecado original del hombre, por lo tanto, radica en su ignorancia de este elemento y su relación con él. Aquí, Faulkner no habla de alguna interpretación cristiana particular del pecado original sino de su relación cósmica con este elemento. Los indígenas –los de esa época, por supuesto– no tenían noción alguna de la posesión de tierras o de los predios de caza, a pesar de los actos del agente de los Chickasaw, y tenían en muy alta estima este elemento.

El ingrediente final de esta historia que configuran la necesidad de las 326 páginas restantes lo constituyen los personajes y la población de Jefferson que ayudan e instigan a Sutpen en el logro de su destino.

Aunque en varias instancias los personajes relatan haciendo referencia a entes reales, pareciera que Faulkner creara sus 'actores' más en forma arquetípica que en modelos

vivientes. Nuevamente, en la página 11, Quentiin afirma:

'...hasta los nombres mismos eran intercambiables y sumaban millares'.

El mismo Quentin hace de vocero en toda la historia, y en su relación con Shreve

–Shrevelin Mac Cannon, su compañero de estudios en Harvard– parece estar reviviendo todo el asunto, como si hubiese perdido su propia identidad. Así Shreve y Quentin Compson se convierten en imágenes fantasmales de Henry y Bon–los hijos legítimo y bastardo de Sutpen respectivamente. El ciclo se completa con suficiente ímpetu para recomenzar el asunto.

El efecto es producir una sensación al buen estilo de Shakespeare: un universo en el escenario, en el que cada actor tiene que desempeñar un papel hasta que cae el telón. La gran diferencia es que el lector se ve confrontado con una constelación de hechos y opiniones que él mismo debe 'armar' tal como un rompecabezas, para establecer la 'verdad' en el mismo escenario en donde la mayoría de los actores son, o aparentan serlo, imágenes fantasmagóricas.

UNA TIERRA INFECUNDA

A la llegada de Sutpen a Jefferson todo lo que poseía en ese entonces era (página 32): "... el fuerte caballo exhausto y las ropas que llevaba puestas y la pequeña alforja en la cual apenas cabían una muda de ropa, las navajas de afeitar y las dos pistolas que la señorita Coldfield mencionó..."

Esta imagen del habitante de la frontera simboliza las penurias en la conquista de ésta, llamada 'tierra prometida' que, en realidad, dejó más víctimas en la labor de despejar y cultivar la tierra para una exigua subsistencia que en una violencia especta-

98



cular y legendaria. Una referencia más, de esta 'tierra prometida', esta vez sobre Haití (página 216): 'ese rincón de la tierra pudo haber sido creado o reservado por el cielo (afirmaba mi abuelo) para teatro de todas las violencias, injusticias, odios y pasiones satánicas...'

Cualquier existencia previa solo parece estar de presente en una especie de memoria colectiva según Jung (página 75): '...el torrente de sangre antigua que ha cruzado mares y continentes ignotos, ha luchado contra mil adversidades, asechanzas y fatalidades', aunque en el caso de Sutpen, su primer ancestro es poner pie en suelo americano desembarcó de un viejo barco de Old Bailey, proveniente de Jamestown. Quizá fuese esto lo que selló su destino según la pura tradición calvinista pero, en lo que tenía que ver con el joven Sutpen: 'Le bastaba pensar que algunas personas vivían en un lugar, otras en otro, por mero azar, a unas les tocaba ser ricas (las afortunadas, en su opinión), a otras no...' (página 194). Su empuje por querer convertirse en terrateniente era el resultado de un incidente con un mayordomo de color de una plantación donde laboraba su padre. Espiando al dueño de la plantación y su sirviente de color, vio en este último: '... un negro que vestía a diario mejores ropas que las de él, su padre o hermanos habían tenido nunca y esperaban tener en su vida, se ocupaba exclusivamente en servirle bebidas' (página 118). Su gran proyecto se tornó en realidad.

La única forma de lograr su sueño era dominando la tierra. No obstante, descubriría que la tierra no sería productiva sin la sangre de la explotación. No tuvo escrúpulos al emplear a los 'salvajes' esclavos (haitianos) para crear este su jardín del edén, ni tampoco los tuvo con las mujeres que irían a darle el hijo y heredero de su gran proyecto. Esta

analogía entre feminidad y cultivo de tierras ilustra el tratamiento dado por Sutpen, y Faulkner lo explicita en metáforas como: '... unidos por el salvaje emblema masculino de acero y madera, arrancaron a la tierra postrada, feroz y femenina, el maíz que los alimentaría' (página 174).

Las mujeres, según Sutpen, estaban lejos de ser lo que sí era la madre tierra. Su primera esposa, quien le diera un hijo, no pertenecía al stock blanco de su diseño y buscó (¿y logró?) venganza mediante él, Ellen, luego de partir a Henry y a Judith, se hundió en su verano de mariposas, al ausentarse de la fatalidad del mundo que le rodeaba. Rosa ('... la dama que se había evadido a un blando mundo irreal habitado por muñecos, o la adolescente que, en plena vigilia, dormía un extraño sopor tan completamente fisiológico que se asemejaba a su estado prenatal...' (página 62) se rehusó '...por encima del sacrificio: el tálamo nupcial... (página 54) para regresar a la casa de su progenitor ya fallecido y a un encierro de cuarenta y tres años. Milly, la última oportunidad de Sutpen, le dio una hija que precipitaría su negativa a compromiso alguno.

Henry también había heredado de su padre su filosofía y sueño, solo que el suyo era de carácter incestuoso: 'No me hablan de una jovencita, de una doncella, sino de un estrecho terreno virgen, delicado y bien cercado de valladar, ya arado y dispuesto, de modo que sólo será necesario que yo arroje en él la simiente y lo acaricie nuevamente, alisándolo' (página 278). Más adelante, el acto se transforma en algo así como un estado bélico: '...la tierra entera y en la cual hombres y mujeres están enclavados por parejas, como quillas de un juego de bolos; gracias a los dioses, cualesquiera que sean, por esa quilla masculina sin caderas, liviana y ágil, fácil de mover, allí donde las caderas

femeninas amplias y horadadas de cámaras de cartuchos, las mantienen sujetas...' (página 267) o incluso una acción de guerra: ... posiblemente no podría tener ya más de un hijo, que sólo le quedaba un hijo de las entrañas, como sólo le queda un proyectil por disparar sabe quizás el viejo cañón...' (página 239)' ... felizmente era un amago con carga ligera y el viejo fusil nada perdió en él; solo que la próxima vez, podía faltar la pólvora necesaria para un amago y luego una descarga cerrada...' (página 240)

El dominio absoluto de la tierra, las mujeres y los esclavos negros por un humano autoproclamado Dios, un centauro, 'autor y víctimas de mil homicidios, mil uniones y divorcios...' (página 78) no era otro que la encarnación del '...alto destino imposible de los Estados Unidos, instigada tal vez por esa fatalidad familiar dotada de curiosa falta de economía entre causa y efecto, lo cual es una de las características del destino cuando se ve precisado a usar como instrumentos o materia prima seres humanos...' (página 102).

La mujer, así visto, encarnaba...' la ciega tierra insensible que no sueña con tallos y botones...' (página 134) y llevaban sus bellas vidas, 'Vidas divorciadas e irrevocablemente excomulgadas de la realidad. Por eso, aunque su muerte, el instante de su disolución, carezca de importancia para ellas (que están dotadas de un valor y una fortaleza tales ante el dolor y la muerte que, en comparación, el más espartano de los varones parece un niño tembloroso...' (página 167). Con Sutpen, èl la guerra, las tres mujeres que quedaban en su vida llevaban '...la existencia laboriosa y vacía de tres monjas recluidas en un convento estéril y paupérrimo...' (página 134).

La ablución final no llegó con la muerte de Sutpen, mediante una simbólica guadaña, ni

con ridículo acontecimiento del funeral, sino con la purificación del fuego. Paradójicamente, el único sobreviviente era el idiota negro llamado Jim Bond y '... a la larga, los Jaime Bond conquistarán el hemisferio occidental.

Naturalmente, no lo veremos nosotros, y, a medida que avancen hacia los polos, ellos se blanquearán otra vez, como los conejos y las aves, para contrastar tanto con la nieve...' (página 323).

LA CAUSA PERDIDA

Sutpen es parte integral de la causa perdida. Con o sin la guerra, el Sur ya estaba condenado, no obstante las habilidades en combate de sus hombres. El mito creado por las acciones que desataron la guerra de Secesión engendraron la idolatría hacia un héroe encarnado en los actores principales, lo que distorsionó muchas de las realidades del conflicto. El mundo estaba cambiando y el Sur americano no estaba excluido del fenómeno. Sutpen era un personaje que, incluso con todos los atavíos del sembrador del norte, estaba desposeído de los valores tradicionales. La estirpe de los Snopes era el enemigo lógico pero muchas otras estaban en espera. Como en cualquier tragedia griega, las máscaras se podían intercambiar. El pacto diabólico que Sutpen había firmado con su acreedor nos recuerda el comercio ilegal asumido luego del brote de la guerra. Ni el comportamiento metódico de Goodhue Coldfield pudieron impedir que su pequeño comercio fuese saqueado, incitado sin duda alguna por sus conciudadanos, ya que el consenso le endilgaba que, de uno u otro modo, apoya a los nortños. Al asentir en lo de la boda fastuosa con un villano en lugar de una modesta con un santo, Coldfieldo también sufrió las consecuencias de la Unión.

100

